

LOS CASTROS DE ZAMORA OCCIDENTAL Y TRAS-OS-MONTES ORIENTAL: HABITAT Y CRONOLOGÍA

Angel Esparza Arroyo *

Amablemente convidados por los organizadores de este Coloquio para tratar de los castros de esa zona fronteriza, debemos comenzar, como es usual, con una reseña histórica, un repaso a la investigación realizada. En nuestro caso, esta tarea obligada no es difícil, porque los trabajos efectuados no son demasiado abundantes.

Por lo que respecta a Zamora, o más concretamente al sector zamorano a poniente del Esla, el punto de partida indiscutible es la obra de Gómez-Moreno, que realizó la catalogación básica de los castros a principios de siglo (1). Convendría, no obstante, recordar a quienes como Garnacho (2) o Fernández Duro (3) recogieron algunos datos que desbrozaron el camino recorrido por Gómez-Moreno. Después, y durante largo tiempo, únicamente pueden mencionarse una pequeña incursión del P. Morán (4), las exploraciones de Loewinsohn (5), en las que se hallan algunas referencias a castros, y la obra de V. Sevillano (6), si bien su aportación al conocimiento de yacimientos es mucho menor en lo que se refiere a castros que en cuanto a estaciones romanas. Hay que destacar los trabajos de Harbison sobre los castros con piedras hincadas, aunque desafortunadamente sólo visitó uno de los zamoranos (7).

En los años setenta se aborda por auténticos especialistas el inventario de yacimientos y la clasificación rigurosa de los materiales zamoranos. Pero, por razones evidentes, Martín Valls y Delibes dieron comienzo a esta compleja labor — que ha de culminar en la Carta Arqueológica de Zamora — por los yacimientos de las comarcas orientales y meridionales de la provincia; y aunque a veces los *Hallazgos* (8) saltan allende el Esla, el mundo castreño no aparece recogido... por habérsenos encomendado para nuestra tesis doctoral, vistas sus diferencias con los castros de aquellas otras comarcas.

La provincia portuguesa a *espaldas* de Zamora no ha tenido mejor suerte. En los primeros años de este siglo se publicaron las indispensables *Memorias* del Abade de Baçal (9), a las que habría que añadir las aportaciones de quienes — clérigos y militares, fundamentalmente — animaron las páginas de las viejas revistas — hoy felizmente proseguidas — *O Archeólogo Português*, *Portvgalia*, etc.: P. A. de Azevedo, F. Alves Pereira, C. Beça, H. Botelho, F. Braga Barreiro, J. Castro Lopo, J. Fortes, J. Leite de Vasconcelos, A. Mesquita de Figueiredo, A. Pereira Lopo, J. A. Tavares... Lamentablemente, lo mismo que en el caso de Zamora, no se fue más allá de las «noticias» acerca de yacimientos cuyo carácter castreño es muchas veces más que discutible. Después, citaremos algunos trabajos de Santos Júnior (10) o del propio Serpa Pinto (11); las prospecciones del P. Mourinho; otra vez el viaje de Harbison (12) y, muy especialmente, la excavación de São Juzenda por M. Höck. Este autor, que ya había publicado con Coelho algunos materiales del Museo bragançano (13), ha esbozado a partir del material excavado unas primeras consideraciones, entre las que cabría destacar la puesta en cuestión de la propia definición de lo castreño (14), incidiendo en lo erróneo de muchas catalogaciones tradicionales, que consideraban como

(*) Dept.º de Preshistoria y Arqueología. Colegio Universitario de Burgos (Universidad de Valladolid).

(1) GÓMEZ-MORENO, 1904 y 1927.

(2) GARNACHO, 1878.

(3) FERNÁNDEZ DURO, 1882.

(4) MORÁN, 1943, pp. 439-440.

(5) Así, en LOEWINSOHN, 1965; también algunas notas, cartas, etc., que este investigador publicó en 1964-67 en *El Miliario Extravagante*.

(6) SEVILLANO, 1978.

(7) HARBISON, 1969. La visión de conjunto se plantea en HARBISON, 1968^b y 1971.

(8) MARTÍN VALLS, 1973; MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975^a, 1976, 1977, 1978^a, 1978^b, 1979, 1981, 1982^a y 1982^b.

(9) ALVES, 1934 y 1938.

(10) SANTOS JÚNIOR, 1929 y 1952 (Por contener solamente referencias marginales a castros no citamos otros trabajos del autor, como el de conjunto sobre los *herrões*).

(11) SERPA PINTO, 1932.

(12) HARBISON, 1968^a, y los trabajos de conjunto citados en la nota 7.

(13) HÖCK y COELHO, 1972.

(14) HÖCK, 1978, 1979 y 1980.

castros estaciones — incluso abiertas — de épocas muy diversas, en muchas ocasiones romanas y medievales.

No contamos, por desgracia, con un inventario riguroso ⁽¹⁵⁾ de los castros trasmontanos, de los que prácticamente no se conocen materiales. Por nuestra parte, únicamente hemos realizado — contando con una pequeña pero inestimable ayuda de la Fundación Calouste Gulbenkian — un viaje de reconocimiento por algunos yacimientos de la región: por sus características externas, estos castros admiten la comparación con los zamoranos. Y dada la escasez de materiales museísticos y la casi total ausencia de éxito en las prospecciones, hemos de basarnos fundamentalmente en impresiones muy generales. Nuestras observaciones, por otra parte, se limitan a una porción de Trás-os-Montes, la más próxima a la frontera española en su sector zamorano.

I. EL HABITAT

Aunque sólo sea como un lejano eco de lo que preconizan las modernas tendencias de la arqueología respecto al análisis del poblamiento ⁽¹⁶⁾, querríamos en nuestro somero acercamiento, distinguir tres niveles: en primer lugar, el de la arquitectura, defensiva y doméstica, tomadas aisladamente; después, el castro como asentamiento; para ascender, por último, a una consideración global de los castros dentro del territorio que nos ocupa.

No podemos dejar de aludir a las graves dificultades con que tropieza un intento semejante. La falta de una elemental apoyatura científica no es la menor de aquellas: carecemos, por ejemplo, de análisis polínicos u otras indicaciones paleoclimáticas, sin las cuales mal podemos intentar explicar la relación de los castros con su entorno natural. La posibilidad de una colonización de amplias zonas de la Península por gentes de tradición Campos de Urnas en conexión con el comienzo del periodo Subatlántico resulta sugerente, pero, a juzgar por lo que ocurre en Europa Central, el paso del Sub-boreal al Subatlántico presenta ciertas contradicciones regionales, e incluso su cronología es discutible ⁽¹⁷⁾.

Por otro lado, la falta de restos visibles, especialmente en lo que se refiere a viviendas, y — sobre todo — la carencia de elementos cronológicos precisos, no sólo dificultan, sino que hacen imposible abordar cuestiones de tanta importancia como son el número de habitantes por castro, la densidad de población, y hasta la relación entre castros cuya contemporaneidad no ha sido probada. Recordemos que, por el momento, la tipología de las defensas es casi el único criterio de clasificación con que contamos en muchos yacimientos.

a) *Arquitectura defensiva y doméstica*

Desde el punto de vista puramente constructivo y tipológico, no hay demasiadas cosas interesantes respecto a las murallas. Cabe señalar que, en nuestra opinión, no hay murallas de tierra, contra lo que pueda parecer a simple vista. Efectivamente, en muchos yacimientos, por ejemplo del Aliste, observamos que el castro se halla cerrado por un lomo de tierra más o menos ancho y alto, sin paramentos. Pero, a juzgar por lo observado en las excavaciones de Fresno de la Carballeda y Sejas de Aliste, no hay tal defensa terrera: la muralla, íntegramente de piedra, se halla oculta por la tierra, creciendo incluso árboles de buen tamaño sobre ella. En otros castros no excavados, pero afectados por agujeros de furtivos, búsquedas de piedra, etc. hemos podido observar igualmente que bajo el lomo de tierra se esconde una muralla pétreo. Así lo hemos visto en Figueruela de Abajo, Vide de Alba, Riomanzanas, Trabazos, etc. Por otra parte, tampoco parece que nuestras murallas tengan, como las de los castros meseteños, una estructura de dos paramentos y relleno informe: en Arrabalde, Calabor, Doney y Lubián, y en los que hemos citado anteriormente, se advierte que el interior de la muralla lo constituyen bloques o lajas de piedras colocadas buscando un buen ajuste. Tampoco deben de tener talud, aunque en algún caso el paramento externo parece tener inclinación: en Sejas, donde hay tramos verticales, otros con aparente talud y hasta alguno extraplomado, creemos poder afirmar que tal inclinación no es sino el resultado del desplazamiento de la muralla debido a la presión de los sedimentos acumulados tras ella.

Otras características de las murallas serían: la utilización de la piedra local, que a su vez condiciona el aparejo; el aprovechamiento de los crestos rocosos; la adaptación al terreno, describiendo ascensos y descensos. Existen además puertas, y engrosamientos en la muralla, y hasta torres (Otero de Centenos, Sejas, Boya, Ferreras de Arriba, Arrabalde, Lubián...), pero aunque tales estructuras son perceptibles en prospección, resulta difícil hacer una descripción precisa, dado su estado de conservación.

⁽¹⁵⁾ Es de lamentar que no contemos, para el distrito de Bragança, con algun trabajo semejante al de MONTALVÃO, 1971, que nos sirvió de guía en nuestra visita de algunos castros de la región de Chaves encaminada a compararlos con los de las zonas más orientales.

⁽¹⁶⁾ Por ejemplo, TRINGHAM, 1972.

⁽¹⁷⁾ HÄRKE, 1979, pp. 61-64.

Aspectos de la arquitectura militar como son los fosos o las piedras hincadas, no ofrecen interés por sus características formales, pero volveremos sobre ellos más adelante.

Debido a la espesura de la vegetación y sobre todo a la potente capa de tierra que recubre los castros colmatándolos casi completamente, no pueden localizarse en prospección los restos de las viviendas castreñas, por lo que en buena parte hemos de apoyarnos en citas bibliográficas. Ciertamente es que su valor es muy limitado: son innumerables las referencias a alicerces o cimientos de casas... sin que ni siquiera se aluda a la planta de las mismas. No hace mucho recogíamos una serie de yacimientos en los que se menciona la existencia de viviendas de planta redonda o con esquinas redondeadas (18). Ahora nos interesa mencionar los castros de Baçal, Castro de Avelães, Cela, Mascarenhas, Mirandela, Paraa, Roios y Vale Benfeito (19). Es necesario, empero, adoptar una actitud cauta ante tales citas: en primer lugar, porque no se plantean la cronología, y en la actualidad está bien comprobada la pervivencia de la planta circular en época romana, como en el castro de São Juzenda (20); además, por el subjetivismo que encierran muchas veces las interpretaciones de restos superficiales: en el Castro de Ferreras de Arriba se ha hablado de casas redondas, pero también han sido descritas como rectangulares... y en nuestras prospecciones sólo hemos visto piedras inconexas, que — aunque pueden formar parte de viviendas — no determinan estructuras reconocibles a simple vista.

El único caso del que podemos hablar con seguridad es el de Lubián, con sus viviendas de esquinas redondeadas. En el castro — nada lejano del anterior — de Moimenta, hemos observado también muros al descubierto, y son rectilíneos y de similar aparejo. Hasta creímos observar una esquina redondeada. En Arrabalde y Santa Eulalia de Tábara podría haber viviendas circulares, pero resultan muy poco claras.

Las viviendas — o mejor, las edificaciones — exhumadas hasta el presente en Lubián son dos, de planta rectangular con esquinas redondeadas. Han sido construidas a base de mampostería en seco, con aparejo tabular de piedra pizarrosa, aunque hay algún elemento granítico. Ambos materiales de construcción son autóctonos. Las paredes tienen 60 cms. de grosor, y hasta el momento no conocemos interrupción del muro correspondiente a vano alguno: la vivienda LU-1, excavada por completo, tiene cerrado totalmente su perímetro, como es frecuente en las viviendas de los castros del NW. Las dimensiones de esta construcción, probablemente válidas para LU-2, aún no exhumada completamente, son aproximadamente 5,75 m. de longitud por 4,50 de anchura, o — si descontamos el grosor de los muros — unos 4,50 por 3,20 m., lo que arroja un área de unos 14 metros cuadrados.

El interior de LU-1 presenta un pavimento con ligera inclinación: si bien la construcción se alza en plena ladera, por lo que el muro noroeste está a más altura que su homólogo, se ha procedido a una mínima regularización, completando los huecos que quedan en la roca, del sustrato con algunas piedras y tierra, especialmente xábrego o granito — descompuesto. El muro situado ladera abajo no asienta sobre la roca, sino sobre una curiosa serie de capas superpuestas de diferente textura, que constituyen seguramente un sistema para drenar el agua de lluvia por debajo del pavimento de la casa y especialmente por debajo del muro más comprometido.

Se ha hablado de pavimento. En efecto, lo hay, hecho de *xábrego* bastante compacto, conservado desigualmente, pero que en algunos sectores era lo bastante grueso como para hacer pensar en *lareiras*, aunque faltan por completo carbones, cenizas, huesos, etc. Sobre el pavimento había fragmentos de cerámica y finísimas chispas de carbón. Incrustados en él aparecieron fragmentos con los que hemos reconstruido una vasija y la mitad de otra: el resto de ésta a buen seguro ha sido desalojado de la vivienda por la erosión, saltando por encima de las pocas hiladas conservadas del muro inferior.

La dispersión de los restos hallados, tan poco significativos, no permite hablar de una especial articulación del espacio interno: no hay paredes medianeras, no hay hogar... únicamente podemos señalar la existencia de un agujero en el pavimento, cerca del muro inferior, acaso correspondiente a un palo clavado verticalmente: ¿tuvo alguna relación con la techumbre? De ésta tenemos escasísimos vestigios: algunos fragmentos de laja de pizarra fueron hallados en la excavación, pero no se puede suponer la existencia de una cubierta de pizarras; a lo sumo podría aventurarse una techumbre vegetal con algunas pizarras encima.

Si carecemos de datos acerca del espacio interno de las «viviendas», otro tanto debe decirse por el momento de posibles funciones radicadas en el exterior de las mismas. Cabe consignar, como excepción, la presencia de un molino barquiforme en las proximidades de la citada casa.

Finalmente, una referencia a Sejas: excavaciones clandestinas dejaron al descubierto muros rectos formando esquinas vivas... que han resultado corresponder a habitaciones altoimperiales. Pero en la base de las catas estratigráficas realizadas junto a la muralla hemos podido recoger fragmentos de adobe, que

(18) ESPARZA, 1983.^a

(19) ALVES, 1934, pp. 149, 166, 181, 183, y 471; IDEM, 1983, pp. 48, 275 y 312.

(20) HÖCK, 1980, p. 67. Además se ha observado en los castros de Mozinho, Cameixa, Viladonga o Sanchuis.

hacen suponer el empleo de este material constructivo, no sabemos si para la totalidad de los alzados o sólo para completar los tramos altos de las viviendas. El mismo material aparece en otros castros, como los de Abejera, Muga y, especialmente, San Cristóbal de Aliste, donde hay incluso un fragmento de revestimiento con improntas de palos, al que luego nos referiremos por su valor cultural.

b) *El castro como asentamiento*

Si bien ignoramos cual es estrictamente la propia razón de la existencia de los castros como tales, es decir, como poblados amurallados, podemos apuntar una motivación defensiva, como parece desprenderse del análisis de los *emplazamientos* (21). Destaquemos los tres tipos más puros: el «espigón fluvial», el «meandro encajado» y la «acrópolis», que revelan claramente la intención de dificultar al máximo el acceso al lugar donde se establece el poblado.

A más de esas buenas condiciones defensivas naturales, intervienen otros *factores de localización*: la disponibilidad de recursos económicos concretos — pastos, tierras de cultivo, minerales — y la presencia de agua. Este último factor, con todo, parece no ser decisivo: si en la mayoría de las ocasiones el castro se halla junto a un curso de agua, en los castros de la Sierra de la Culebra, por ejemplo, hay una distancia notable, por lo que cabe pensar en la existencia de fuentes — conocemos algunas — y quizás en aljibes. En ocasiones hemos visto cómo el agua de lluvia quedaba embalsada entre las rocas, o en zonas deprimidas, de ciertos castros. En Arrabalde hay — como corresponde a sus dimensiones excepcionales — obras de notables dimensiones, que parecen destinadas a almacenar gran cantidad de agua y, de paso, evitan una escorrentía peligrosa para un tramo de muralla.

Hemos aludido a los minerales: insistiremos ahora en la relación directa entre algunos castros y yacimientos de minerales. Así, los de Palazuelo de las Cuevas, Pobladura de Aliste, Gallegos del Campo o Vide de Alba, donde aflora la variscita — la calaíta de la bibliografía antigua —, que ha sido beneficiada Cuérragos, Fradellos y, sobre todo, Arrabalde, en cuyo castro hay obras mineras. Un último problema, y no pequeño, es el de la minería del oro. En nuestras prospecciones hemos detectado al menos dos *coronas* aparece con gran abundancia no lejos de los castros: mencionemos sólo los casos de Santa Cruz de Cuérragos, Fradellos y, sobre todo, Arrabalde, en cuyo castro hay obras mineras. Un último problema, y no pequeño, es el de la minería del oro. En nuestras prospecciones hemos detectado al menos dos *coronas* mineras, en Espadañado y Lanseros. En ambos casos, un pequeño recinto se halla circundado por dos fosos paralelos excavados con la ayuda del agua, que, circulando por ellos, sirvió para evacuar la tierra y lavarla al pie de la corona. A buen seguro estamos ante obras hidráulico-mineras romanas, como las ya bien conocidas de la provincia de León, pero resulta llamativo que dos de tales explotaciones leonesas, las de Pedredo y Castrocontrigo se hallen en castros prerromanos (22). El caso de Pedredo es totalmente seguro: se trata de un castro con abundantes materiales tipo Soto de Medinilla, sobre el que se efectuará la explotación romana ¿Habrán labores de extracción del oro anteriores a la conquista? (23).

La descripción de las *características físicas* de los castros sería demasiado prolija, especialmente en cuanto a altitud, altura relativa, orientación, etc. Hay notables variaciones, pero parecen poco significativas, estando subordinadas a la elección de emplazamiento y a las peculiaridades orográficas de cada comarca. De todas formas, respecto a la altura si debemos mencionar un hecho: frente a los castros situados en las pequeñas elevaciones de las zonas de penillanura, los de la Sierra de la Culebra, o los de Arrabalde, Doney, Calabor, Carbajales de la Encomienda, Espadañado o Vega del Castillo se hallan en lugares tan incómodos que podrían hacer pensar en una acentuación de la inseguridad. Carecemos sin embargo de elementos en que fundar ese pretendido cambio de asentamientos. Mayor interés encierra seguramente el estudio de la extensión de los castros, hoy inconcluso so por falta de cartografía adecuada (24), ya que el tamaño de los yacimientos podría permitir el establecer una jerarquización. Así, debe de haber una diferencia esencial entre castros como el de Riomanzanas, con poco más de media hectárea — unos 335 m. de perímetro — y el de Arrabalde, con sus — aproximadamente siete hectáreas (2500 m. de perímetro). Parece legítimo suponer que las cifras traslucen una complicada realidad demográfica, económica, social y política, pero no podemos ir más lejos, dado el desconocimiento de las viviendas, cuyo número y superficie necesitaríamos saber en una mínima muestra de castros.

(21) Vid. nota 33.

(22) SAENZ y VELEZ, 1974, pp. 82-83 y 108; MAÑANES, 1977, pp. 321-322 y 324-326; SANCHEZ-PALENCIA, 1980, p. 226.

(23) Frente a la posición de DOMERGUE, 1970, Sánchez-Palencia insiste en la cronología romana de las grandes labores: los indígenas únicamente habrían explotado los placeres fluviales y quizá las terrazas (SANCHEZ-PALENCIA, 1983, pp. 77-79).

(24) En la mayoría de los casos tenemos que proceder sobre fotografías aéreas: su propia deformación, la imprecisión del planímetro y, sobre todo, el cambio de escalas, introducen importantes errores. Por todo ello, las cifras obtenidas son meramente orientativas. Hay muchos castros de menos de una Ha, como Riomanzanas o Sagallos; la mayoría debe tener entre 1 y 3 Has. (Moveros/Constantim, Fradelos, Algosinho, Parada de Infanções, Cional, Cubo de Benavente, Doney) pero los hay también de 3-4 Has., como los de Carbajales de la Encomienda, Espadañado, Fresno de la Carballeda, Litos, Palazuelo de las Cuevas o Sejas de Aliste. Arrabalde es excepcional.

En lo tocante a la *organización* de los castros, debemos referirnos en primer lugar, a la de las defensas. En la mayoría de los casos no hay más que una muralla, que probablemente envolvía por completo el recinto habitable; en algunos castros — especialmente en emplazamientos de tipo espigón o meandro — ofrecen una muralla cerrando el lado más fácilmente accesible, pero ésto debe ser sólo en apariencia; en Algosinho, como en Fradellos o Muga de Alba, la muralla se encuentra en mal estado; pero aunque no debía ser de grandes proporciones, como lo es en el tramo más comprometido, hemos podido apreciar su existencia contorneando el castro (25).

Frecuente complemento de la muralla es el foso, que en ocasiones se duplica. Así, hallamos dos fosos paralelos en los castros de Lubián — doble foso ante cada una de las murallas —, Mellanes, Pobladura de Aliste, Riomanzanas, Alfaião, Castro de Avelães, Pinela y otros.

A veces se emplea otro recurso defensivo, las piedras hincadas, cuyo catálogo crece poco a poco (26), observándose repetidamente en yacimientos del Noroeste peninsular una acumulación de defensas: una o varias murallas, con varios fosos, dos campos de piedras hincadas... Bien es verdad que no puede pasarse por alto el gravísimo problema de la cronología de estos yacimientos (27), pero nosotros insistimos en la cronología prerromana de los zamoranos.

Existen en ocasiones más de una muralla o, si se prefiere, más de un recinto. Así lo vemos en Parada de Infanções, Castro, Vale Benfeito, Arrabalde, Doney, Ferreras de Abajo, Ferreras de Arriba y Lubián, y probablemente en Moveros, Rihonor y otros. Además hay que señalar el Cueto de los Moros, de Figueruela de Abajo, en el que hay un recinto acoplado a la parte frontal del castro a la manera de los antecastros de muchos yacimientos gallegos; algo similar debe de haber en Carviçais (28). Los otros que citamos podrían paralelizarse con los más clásicos de Avila, por tener recintos yuxtapuestos. Pero la dualidad recintos concéntricos/recintos adosados, que caracterizarían respectivamente las áreas culturales del NW. y de la Meseta, parece demasiado elemental, como ya hemos observado en otra ocasión (29). En muchos casos, los recintos yuxtapuestos se envuelven parcialmente, adoptando sus murallas una disposición paralela que nos hace pensar en los recintos concéntricos. Esto quizá se deba, más que a sincretismo, a fuertes condicionamientos topográficos. Insistamos en la necesidad de limpieza del terreno, excavaciones y cartografía adecuada, antes de pronunciamos definitivamente sobre la forma de los recintos y el trazado de las murallas.

Una observación final acerca de las defensas: los castros de la S.^a de la Culebra o de otras alturas análogas — Doney, Carbajales, Espadañado, etc. — carecen de foso y/o piedras hincadas, por lo que de nuevo volveríamos a plantear la posibilidad de una cronología diferente, o de una adscripción étnico-cultural diferente. Podría, sin embargo, haber una explicación más sencilla, ya que los castros con defensas acumuladas las necesitan por su ubicación en sitios donde la defensa natural nos es completa, donde hay sectores que permitirían una acometida rápida; mientras que estos castros sin foso ni piedras hincadas se hallan en las cumbres serranas, donde el ataque por sorpresa es harto difícil: en primer lugar por la altura de los castros y la dura pendiente de sus laderas; además, porque su situación les permite dominar una gran extensión de terreno.

Las defensas encierran un espacio, en el que deben localizarse unas funciones, por oposición a otras funciones que estarían ubicadas extramuros: nos referimos — aparte, claro está, de los campos de cultivo, los pastos, los lugares de caza y pesca o las explotaciones mineras — a las necrópolis y, quizás, los hornos metalúrgicos (30). Ambos nos resultan desconocidos, en buena parte porque nuestra prospección ha sido siempre selectiva.

El espacio intramuros — como todo lo demás — nos es muy mal conocido; allí se cobijan las viviendas, y probablemente el ganado, aunque, por el momento no sabemos si hay separación entre hombres y animales. En el caso de los castros con más de un recinto, podríamos pensar que uno de ellos sea encerradero de ganados, como se ha sugerido para los castros meseteños (31). Pero tenemos algunas dudas acerca de tal interpretación, ya que en Parada de Infanções, Arrabalde, Lubián... los diversos

(25) Así, no habría — salvo alguna excepción, como *As Muradellas* de Lubián — castros del tipo que los británicos llaman *promontory fort*, sino que corresponderían al *contour fort*.

(26) ESPARZA, 1980. En 1983.^a añadimos los de Vimioso, Parada (Alfândega da Fé) y Lama de Ouriço. Ahora, los zamoranos de Fradellos y Muga de Alba.

(27) Carvalheiros parece dar únicamente materiales romanos... y se adopta una datación todavía más reciente para Curalha (FERREIRA DE ALMEIDA, 1979, p. 313); los castros lucenses con piedras hincadas, lo mismo que el asturiano de Pesoz, se relacionan con la explotación romana de los recursos mineros (LUZON, SANCHEZ-PALENCIA *et alii*, 1980).

(28) SANTOS JÚNIOR, 1929; ALVES, 1934, p. 147.

(29) ESPARZA, 1983 b, p. 85. *Vid.* MALUQUER, 1954, p. 99 (donde, sin embargo, se sugiere un posible condicionamiento topográfico); IDEM, 1975, p. 271.

(30) Sin embargo, en Portugal parece haber una tradición, del Calcolítico al Bronce Final, en la ubicación del horno dentro del recinto amurallado (KALB, 1979, p. 584). Excavando en Sejas hemos obtenido bastantes muestras de actividad metalúrgica: frags. de crisoles con adherencias de bronce; escoria de forja del hierro y fragmentos seguramente correspondientes a revestimientos de horno.

(31) MALUQUER, 1954, p. 99.

recintos parecen responder más bien a una concepción táctica, de defensa escalonada, aunque esto no sería contradictorio con una utilización como la señalada. Por contra, el pequeño recinto adosado con que cuenta la Lleira de Ferreras de Arriba es, casi seguro, un corral. No lejos de allí, el Castillo de Ferreras de Abajo resulta mucho más problemático: la multitud de pequeños recintos en que halla compartimentado — y de los que no nos hacemos todavía una idea de conjunto, a falta de planimetría adecuada acaso entrañe una complicada asignación de funciones económicas y sociales.

Sin excavaciones, como se ve, es imposible dar respuesta a tanto enigma. Las llevadas a cabo en Lubián nos han permitido conocer algo acerca de la distribución de las viviendas. Éstas, de planta rectangular con esquinas redondeadas se hallan, al parecer, muy apretadas y alineadas a cordel. Probablemente esta ordenación ha sido impuesta por la minúscula superficie del recinto interno, pero aunque sea un hecho lógico, no deja de sorprender en un yacimiento prerromano un rasgo tan avanzado ⁽³²⁾. Todavía no hemos excavado suficientes metros cuadrados del castro, pero podría haber un espacio flanqueado por las viviendas. Cualquier explicación para esta distribución, o para la ingente acumulación de defensas en castro tan pequeño, es todavía pura especulación.

c) *Los castros en su territorio*

En este apartado cabría abordar en primer lugar la *posición* ⁽³³⁾ de los castros. Anteriormente nos hemos referido a algunos que parecen directamente relacionados con yacimientos mineralógicos: podemos ahora insistir en la posible atracción que para los castreños supusieron los abundantísimos afloramientos de mineral de hierro, y los de cobre y estaño, que parece desprenderse de la comparación del mapa de dispersión de los castros con el mapa metalogénico.

En otros casos parece advertirse la importancia de ciertas vías de comunicación: seguramente no es aventurado suponer alguna relación entre las series de castros alineados en valles fluviales. Así, podemos remontar el Aliste recalando en los de Carbajales, Muga, Vide, Domez, Fradellos, Palazuelo, Pobladura y Mahide; o el Tera, saltando de Camarzana a Fresno, Sagallos y Palacios de Sanabria; o ascender por el Eria desde Manganeseos a Arrabalde, para continuar — ya en la provincia de León — por Castroalbón, Pinilla y Castroconrigo. De todas formas, estas vías no parecen tan claras e importantes como la que discurre en dirección N-S al oriente del Esla y que será aprovechada por la Calzada de la Plata. Sorprende la ausencia de castros en otro claro camino natural, el que une la Meseta con Galicia e través de las Portillas: únicamente hemos hallado el Castrillón de Lubián, pero parece tratarse de un yacimiento romano. Tal ausencia, sin embargo, posiblemente sea imputable a la escasa intensidad de prospección en relación con las dificultades naturales.

Finalmente, el caso de Villalcampo, cuyo castro, próximo a la confluencia del Esla y el Duero, probablemente desempeñó un papel militar y económico de importancia, ya que se halla en la zona donde coinciden los astures, los vettones y los vacceos. Posición, pues, de encrucijada.

Existe en apariencia una importante *densidad de población*, a juzgar por la cantidad de castros. Llama la atención, por ejemplo, la existencia de cuatro en el término municipal de Ferreras de Arriba, o, si seguimos por las cumbres de la Culebra por el vecino término de Ferreras de Abajo hasta el de Tábara, encontraremos, en un recorrido de veinte kilómetros, siete castros de buen tamaño. Nuevamente, la falta de cronología precisa nos impide aventurar cálculos demográficos... inadmisibles en algunos casos, según hemos observado: en los alrededores de Nuez de Aliste hay cuatro yacimientos considerados comunmente como castros, pero uno es calcolítico y otros dos, romanos; sólo uno nos parece auténtico castro. Algo parecido podríamos referir en Rabanales, en S. Cristóbal de Aliste o en las Figueruelas... Por ello hemos de ser prudentes. Para complicar más las cosas, habría que tener en cuenta la posibilidad, al menos en teoría, de la existencia de yacimientos abiertos de la Edad del Hierro, que nuestras prospecciones, siempre encaminadas en busca de castros, difícilmente podrían detectar.

Por último, las *relaciones entre castros*. Las de tipo económico podrían ser inferidas a partir de los propios materiales arqueológicos, y aunque las excavaciones no sean muy amplias, el avance en este terreno puede ser notable en los próximos años, gracias a la aplicación de modernas técnicas de análisis. Así, es imprescindible establecer la procedencia de los minerales empleados en la metalurgia. Piénsese en la posibilidad de vincular los castros zamoranos o leoneses establecidos en comarcas de gran riqueza mineralógica y los del centro de la Cuenca, donde se practica una activa metalurgia... sin que existan yacimientos de minerales.

⁽³²⁾ Otros rasgos técnicos destacables serían el sistema de evacuación del agua por debajo de la vivienda LU-1 o el aprovechamiento del contacto de formaciones geológicas muy diferentes — granitos y pizarras — para labrar los fosos y alzar las murallas.

⁽³³⁾ P. George señala, refiriéndose a ciudades, que la *posición* es la ubicación en función de hechos económicos, políticos, históricos, mientras que el *emplazamiento* es el marco topográfico concreto, punto exacto elegido entre varios que presentaban los mismos factores de posición. (GEORGE, 1964, pp. 46-48).

En relación con el intercambio — y prescindiendo de aspectos no documentados arqueológicamente como podría ser el tráfico de reses, pieles, granos, etc. — únicamente podemos señalar ahora, como levísimas pinceladas, que desde lugares desconocidos llegan a los castros manufacturas celtibéricas, como las cerámicas que luego citaremos, o las propias joyas de Arrabalde, acaso realizadas en un taller del centro de la Cuenca. La variscita, que según se comentó aflora en algunos castros zamoranos, debe de ser por su singularidad uno de los mejores indicadores de intercambio: aplicada al adorno desde los tiempos calcolíticos hasta la época romana, la variscita de la Península Ibérica, o al menos del Cuadrante Noroeste, debe haber salido de uno de esos afloramientos del Aliste o del Campo de Alba, únicos existentes en la Península, junto a los de Almería y Cataluña (34).

Ya se ha dicho que el tamaño podría servir para establecer una jerarquización entre los distintos yacimientos, algunos de los cuales pudieron haber desempeñado algún papel de dirección — política, social, religiosa, económica, etc. — pero tal posibilidad es de difícil comprobación sin excavaciones muy extensas. ¿Podríamos mientras tanto inspirarnos en estudios realizados en Europa centro-occidental? Diversos autores alemanes y británicos, y especialmente W. Kimmig, se han ocupado de la cuestión, llegando este autor a plantear la existencia, entre los poblados fortificados del Ha D, de unas 'residencias principescas' (*Fürstensitze*). Revisando los criterios que, para Kimmig, concurren en tales yacimientos, H. Härke ha propuesto ciertas modificaciones. Nos interesa mencionar sus *minor Fürstensitze*, yacimientos que, carentes de 'tumbas principescas', presentan una topografía relevante, defensas especiales — incluyendo divisiones internas del circuito amurallado —, y objetos importados (35).

No pretendemos, ni mucho menos, efectuar una transposición del trabajo de Härke a nuestros castros, pero esa metodología inspira un posible camino para la investigación. Aunque sea como simple sugestión, surgida al calor de la lectura de Härke, apuntaríamos el papel relevante de algunos castros zamoranos: Fuentes de Ropel, al oriente del Esla; el Viso, en Bamba, al sur del Duero; y Arrabalde en el área que ahora nos interesa. Ciertamente, sólo en Fuentes de Ropel se ha hallado cerámica griega (36). Pero Arrabalde podría compararse en cierto modo por su tesoro. Tendríamos en este castro una interesante posición, dominando el Eria; una extensión excepcional, como su topografía; notables defensas, con dos recintos; y probablemente actividad minera. El lote de joyas allí atesorado, seguramente de fabricación foránea, debe indicar la concentración de riqueza en alguna persona o familia. Elementos suficientes como para proponer la existencia de un centro sociopolítico y económico, aunque no hay que olvidar que podría tratarse de un *último refugio* en relación con la conquista romana (37).

Tras el vano empeño en que hemos consumido las líneas anteriores, trataremos de realizar una aproximación a los aspectos cronológicos.

II — LA CRONOLOGIA

a) Introducción

Resulta difícil, teniendo en cuenta la escasez — y hasta ausencia — de materiales en la mayoría de los yacimientos, trazar un cuadro cronológico. Podríamos partir, como hipótesis de trabajo, de la contemporaneidad de los castros: habría habido un amurallamiento general, cuya causalidad estamos lejos de conocer, y cuya datación, por otra parte, descansaría sobre un yacimiento, Los Castillejos de Sanchorreja, donde Maluquer señala que la erección de la muralla tuvo lugar en cierto momento del desarrollo de su segunda fase (38), entre 500 y 400 aC (39).

Pero si la generalización de la fecha obtenida para Sanchorreja parece válida para los castros de la zona de Avila-Salamanca, y hasta para el sur de Zamora (40), para el territorio que nos ocupa, a caballo entre la Meseta y el Noroeste, la situación es algo más compleja.

Como es sabido, en los últimos años se han producido reacciones contra la concepción clásica que hace equivaler los castros del Noroeste y la Segunda Edad del Hierro (41): la antigüedad de algunas

(34) VAZQUEZ VARELA, 1975; HUET, 1979. En Tras-os-Montes podría haber — dadas sus características geológicas — algún afloramiento de variscita. prolongación de los de Alba y Aliste.

(35) HARKE, 1979, pp. 111-122.

(36) MARTIN VALLS y DELIBES, 1978 b, p. 329 y fig. 4, n.º 1.

(37) Aunque en este caso la idea no fuera acertada, podríamos considerar su viabilidad en el *Castromao* orensano que se ajustaría a los criterios de Härke incluida la presencia cerámica griega (FERREIRA *et alii*, 1981, p. 66).

(38) MALUQUER, 1958 a, p. 34.

(39) *Ibidem*, p. 96. Acerca de la posible generalización del fenómeno, *vid.* MALUQUER, 1958 b, pp. 37-38; IDEM, 1959, p. 172; MARTIN VALLS, 1973 a, p. 95.

(40) MARTIN VALLS, en prensa.

(41) BOSCH GIMPERA, 1942, p. 50.

dataciones radiométricas — Borneiro, Penarrubia ⁽⁴²⁾ —; la reinterpretación de los viejos hallazgos metálicos del Bronce Final ⁽⁴³⁾; la aparición en el sur de España y en Portugal de poblados fortificados de ese mismo momento ⁽⁴⁴⁾; y las evidencias obtenidas en recientes excavaciones ⁽⁴⁵⁾, han producido un envejecimiento de lo castreño, cuyos inicios son situados a finales de la Edad del Bronce ⁽⁴⁶⁾. De ahí que nos hayamos visto obligados a plantearnos también la relación de los útiles metálicos típicos del Bronce Final con nuestros castros ⁽⁴⁷⁾. Ciertamente, no son muchos los casos que hemos debido examinar.

En el Castelo de Rebordaões, próximo a Bragança, apareció una hacha de apéndices laterales, pero no hemos conseguido localizar aquí vestigios seguros de suficiente antigüedad como para relacionarlos con el útil: sólo muros de piedra unidos con argamasa, y cerámica, probablemente medievales, como lo serían también las puntas de venablo, espuelas, etc., allí aparecidos ⁽⁴⁸⁾. Ni un solo fragmento de cerámica vieja. El emplazamiento y un probable foso hacia el SSW. serían los únicos argumentos en favor de una catalogación del lugar como castro. Con todo, tampoco nos atrevemos a negar la existencia de éste, ya que podría haber sido destruido por las edificaciones medievales.

En segundo lugar, la punta de lanza de Picote, revisada recientemente por Ph. Kalb ⁽⁴⁹⁾. Fue hallada en el Castelo de las Ruecas, una *fraga* a la caída oriental del castro llamado Cigadueña, dotado de piedras hincadas exteriores a la muralla ⁽⁵⁰⁾.

Hace más de veinte años, al ensanchar la carretera del puente de Pino (Zamora) mediante una voladura de rocas, apareció un hacha de bronce que fue a parar al comercio anticuario. Por una fotografía sabemos que se trataba de un ejemplar de talón con una anilla, asignable seguramente al Bronce Final II. Inmediatamente podría ser relacionada con el castro de Cigadueña, sito en dicha localidad de Pino. No sabemos el punto exacto del hallazgo del hacha, pero ha de tenerse en cuenta que la carretera del puente pasa a más de un kilómetro del castro, por lo que no sabemos si tiene fundamento esa pretendida relación.

Por el contrario, el hacha de Fradellos apareció dentro del recinto del Castrico ⁽⁵¹⁾. En este caso se trata de un ejemplar de apéndices laterales, situable a fines del BF II, rozando ya el BF III ⁽⁵²⁾.

En cualquier caso, ¿quienes serían los usuarios — mejor que los autores — de tales instrumentos?. La pregunta ha sido anteriormente formulada por Delibes en su primer análisis del presunto depósito de bronce de San Pedro de la Viña ⁽⁵³⁾. Como respuesta — al menos para las comarcas al este del Esla — cabe pensar en las gentes de Cogotas I o en las del Soto de Medinilla ⁽⁵⁴⁾. Respecto a los primeros, solamente podemos aducir un hallazgo efectuado en el castro de Arrabalde: durante la campaña de 1982 recogimos, en prospección superficial, un minúsculo fragmento cerámico decorado con técnica de *Boquique*. Pero aunque cada vez parece más claro que durante el largo desarrollo de Cogotas I se registra la ocupación de emplazamientos defensivos e incluso su amurallamiento ⁽⁵⁵⁾, nada autoriza a atribuir a esa fase la construcción de las imponentes murallas de Arrabalde, seguramente relacionadas con momentos avanzados de la Edad del Hierro ⁽⁵⁶⁾.

⁽⁴²⁾ EIROA, 1975; ARIAS, 1979.

⁽⁴³⁾ KALB, 1980.

⁽⁴⁴⁾ PARREIRA y MONGE, 1980; KALB, 1979.

⁽⁴⁵⁾ HÖCK, 1978, 1979 y 1980; FERREIRA DE ALMEIDA *et alii*, 1981.

⁽⁴⁶⁾ Conviene recordar que Maluquer propuso considerar la cultura castreña como «... resultado de un largo proceso local (...) el planteamiento no debe ser ¿cuando aparece la cultura castreña de la Edad del Hierro?, sino ¿cuando podemos documentar la metalurgia de hierro en el mundo castreño» (MALUQUER, 1975, p. 273).

⁽⁴⁷⁾ Hemos prescindido de la discusión de otra posibilidad, la de una datación mucho más antigua de los yacimientos amurallados: en el corte 12 practicado por Höck en S. Juzenda apareció, bajo la muralla, un fragmento cerámico de aire calcolítico (HÖCK, 1978, p. 150). Ello supone únicamente un *terminus post quem* para la construcción de dicha muralla; pero no hay que olvidar la existencia de un castro — o, para causar menos problemas, de un *castellum* — calcolítico en San Martín del Pedroso, en la raya fronteriza (ESPARZA, 1977). A estos datos cabría añadir el hallazgo de una punta Palmela en el castro — con materiales de muy diversa datación — de Aldeia Nova (M. N. A. E. de Lisboa). Por último, tras lavar la cerámica recogida prospectando el «castro» de Sacoias — en el que solo conocíamos materiales romanos — hemos podido identificar un fragmento calcolítico.

⁽⁴⁸⁾ ALVES, 1938, p. 8; HÖCK y COELHO, 1972, pp. 247-248. Un croquis del hacha en KALB, 1981, fig. 7, n.º 36.

⁽⁴⁹⁾ KALB, 1980, fig. 7, n.º 39.

⁽⁵⁰⁾ En 1980 señalábamos, equivocadamente, que aquí apareció también una fibula de pie alto trocopiramidal. En realidad, parece haber en Picote tres yacimientos: éste de *Cigadueña*; otro *Castelo* donde apareció la fibula; y el *Castelar* donde fueron hallados los verracos.

⁽⁵¹⁾ ESPARZA, 1978.

⁽⁵²⁾ Aparece en depósitos como los de Covaleda y Saldaña (DELIBES, 1975, p. 153; IDEM, 1980, p. 233; actualización cronológica en MARTIN VALLS y DELIBES, 1982^a, p. 54).

⁽⁵³⁾ DELIBES, 1977, p. 254. Podríamos incluir aquí — y como argumento de peso — este depósito; pero prescindiremos de él, ante las importantes reservas que suscita (DELIBES, 1980, p. 240).

⁽⁵⁴⁾ MARTIN VALLS y DELIBES, 1982^a, p. 54.

⁽⁵⁵⁾ Entre los primeros podríamos citar Sanchorreja o la propia estación de Las Cogotas; entre los segundos, Cogece del Monte (DELIBES Y FDEZ. MANZANO, 1981) o Cancho Enamorado, en El Berrueco (MALUQUER, 1958^b, p. 38).

⁽⁵⁶⁾ Hay en el territorio que nos ocupa, y muy cerca de Arrabalde, otros yacimientos con materiales de Cogotas I, pero no se trata de castros: nos referimos a los dólmenes de Brime de Urz y Granucillo, en el Valle de Vidriales (MORAN, 1935, pp. 25-35), donde se han debido de realizar por estas gentes enterramientos intrusivos (MARTIN VALLS y DELIBES, 1972, p. 17).

En cambio, aunque no hay todavía auténticas pruebas, crecen las sospechas de que los objetos metálicos de finales de la Edad del Bronce se hallan en manos de «... las gentes del Soto, impregnadas de una fuerte tradición de Campos de Urnas» (57).

b) *Poblados tipo Soto y castros: la tradición Campos de Urnas*

Durante varios años, la falta de materiales características nos hizo percibir en los yacimientos zamoranos occidentales una importante dicotomía: unos pocos, aparentemente sin defensas artificiales, y ubicados en terrenos terciarios o cuaternarios — es decir, en las llanuras sedimentarias más típicamente castellanas — ofrecían vestigios asignables sin duda al grupo del Soto de Medinilla; en cambio, los castros — ahora sí se puede citar la existencia de murallas — situados en terrenos cristalinos o primarios — esto es, en las penillanuras de Aliste-Alba y Sanabria-Carballeda — no presentaban restos esclarecedores de su filiación, debido a la vegetación que los oculta, frente a los anteriores yacimientos, afectados por la agricultura. Así pues, durante algún tiempo creímos que existía un marcado contraste entre ambos tipos de yacimientos, y que los primeros eran las avanzadillas más occidentales de las gentes del Soto, cuyos poblados iban apareciendo con mayor frecuencia en el centro de la Cuenca.

En cierto momento (58) nos preguntábamos por la relación entre unas y otras estaciones, pregunta que se relacionaba a su vez con la sugerencia de Palol acerca de una posible «colonización céltica» del Noroeste (59). Más tarde empezamos a sospechar que el contraste entre esos dos tipos de yacimientos no fuese tan acusado (60). Posteriormente, y a partir de estudios sobre la zona, de nuestras propias excavaciones y — justo es reconocerlo — de una mayor fortuna en las prospecciones, creemos necesario proponer la identificación entre los mencionados yacimientos, ya que también los castros proporcionan material de tipo Soto. Especialmente revelador resultó el castro de Gallegos del Campo, donde la extracción de piedra para una carretera ocasionó una importante destrucción y también la exhumación de una gran cantidad de cerámica, de inequívoca atribución.

En la actualidad tenemos, dentro de la zona estudiada, seis yacimientos tipo Soto que no presentan defensas visibles (Brime de Urz, Camarzana, Carbajales de Alba, Manganeses de la Polvorosa, San Pedro de la Viña y San Pedro de Zamudía (61)). Materiales tipo Soto aparecen además en los castros de Fradellos, Muga de Alba, Vide, Gallegos del Campo y Sejas de Aliste. Son seguramente del mismo género los materiales recogidos en Fresno de la Carballeda, Sagallos, y San Román de Sanabria. Además, en el castro de São Martinho de Angueira, ya en Tras-os-Montes (62), en el que hemos hallado incluso un fragmento que parece tener restos de pintura roja del tipo constatado en el Soto de Medinilla.

Merece la pena destacar el caso de La Almena, en El Cubo de Benavente, que proporciona materiales típicamente del Soto, como cabía intuir a partir del medio físico en el que se halla ubicado. Pero además este yacimiento conserva su foso y restos de muralla, que han sido respetados por las labores agrícolas, esporádicas en este sitio. ¿Podemos suponer que todos los yacimientos tipo Soto tenían igualmente defensas, y que estas han sido desmanteladas debido a un intenso aprovechamiento agrícola o a la alta valoración de la piedra en comarcas donde ésta no abunda? Solamente la excavación podría dar validez a nuestras sospechas, especialmente fuertes en Camarzana y en San Pedro de la Viña.

Podemos señalar, en suma, que el borde NW. de la Cuenca del Duero se asiste al establecimiento de una población de tradición Campos de Urnas, cuya identificación es muy fácil mientras ocupan las llanuras sedimentarias — son todavía poblados de facies Soto — y bastante más complicada cuando se instalan en las Montañas Galaico-Leonesas y en las penillanuras zamoranas (y, al parecer, de Tras-os-Montes oriental), donde constituyen una cultura castreña — análoga a la soriana (63) — que se proyectará sobre el Noroeste.

Las rutas de la penetración parecen ser los valles fluviales: los afluentes del Orbigo abren camino hacia las montañas leonesas, que han debido ser rebasadas, llegando hasta El Bierzo (64); en Zamora, se remontan el Tera y el Aliste.

(57) IDEM, 1982^a, p. 54; IDEM, 1975^a, pp. 199 y 201.

(58) ESPARZA, 1983^a.

(59) PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 33.

(60) ESPARZA, 1983^b.

(61) Podemos añadir, ya en la provincia leonesa, los de Castrocalbón y Pobladura de Yuso, y seguramente Castrocontrigo, que sirven para enlazar los zamoranos con los que, en alto número, existen en León.

(62) Lamentablemente no conocemos los materiales de S. Juzenda; pero a la vista de los dibujos publicados y de la relación formal propuesta por su excavador para el «paquete 2» con materiales andaluces del Bronce Final (HÖCK, 1978, fig. 4 y p. 147), sospechamos una posible relación con las cerámicas tipo Soto (*vid.* nota 68).

(63) La cultura castreña soriana, ubicada en las montañas del borde oriental de la Cuenca del Duero, fue definida por TARACENA, 1941, pp. 13-14, e integrada en las concepciones actuales de la prehistoria peninsular por ROMERO, 1984.

(64) MAÑANES, 1981, p. 147.

Tales gentes portan ciertos usos culturales, como la vivienda circular construida en adobe y decorada con estuco pintado, que todavía vemos en Sacaajos. Pero ya en Pedredo la vivienda circular es de piedra ⁽⁶⁵⁾, transformación que reviste gran interés. En los castros zamoranos, el barro y el adobe intervienen también en la arquitectura, siendo destacable el fragmento con improntas de palos recogido en Gallegos del Campo, comparable con otros de castros de Campos de Urnas del Alto Ebro ⁽⁶⁶⁾.

A juzgar por los huesos obtenidos, los ovicápridos y bóvidos integran el ganado que constituye un importante capítulo de su economía, en la que deben tener un peso notable la minería y la metalurgia: el abastecimiento de los poblados del centro de la Cuenca acaso se ha producido desde nuestros castros.

La cronología de estos castros es poco precisa, ya que el punto de referencia es el propio Soto de Medinilla, yacimiento no publicado de forma exhaustiva ⁽⁶⁷⁾. Se han constatado aquí dos fases anteriores a la celtiberización, denominadas Soto I y Soto II.

La primera, acaso correspondiente al Bronce Final III ⁽⁶⁸⁾, ha sido detectada en muy pocas estaciones, algunas de ellas próximas a nuestra zona, como Pinilla de Toro ⁽⁶⁹⁾ o Sacaajos ⁽⁷⁰⁾. Además, y como anteriormente se señaló ⁽⁷¹⁾ se intuye la presencia de estas gentes del Soto y su relación con los instrumentos del Bronce Final, de forma que el hacha de Fradellos podría denotar la ocupación del castro ya en esta fase Soto I, en que cabría situar también el inicio del castro de San Pedro de la Viña ⁽⁷²⁾. Especial relieve cobra, en este sentido, el fragmento antes citado de São Martinho de Angueira, que habría que paralelizar con la cerámica pintada de Soto I, fase cuyos inicios se sitúan al menos en el s. VIII aC ⁽⁷³⁾.

Habríamos vuelto así al punto de partida: al menos en algunos castros se podría hablar de su origen en el Bronce Final. Conviene matizar esto, sin embargo: en el propio Soto I, en el que los moldes de fundición corresponden a piezas del B.F. ⁽⁶⁴⁾, Palol menciona el hallazgo de algún fragmento de hierro ⁽⁷⁵⁾, lo que justifica la etiqueta de 'Primera Edad del Hierro' que se ha venido aplicando a esta fase. De igual modo, y a la vista de objetos como la lanza de Picote o el hacha de Fradellos, no está de más recordar la coexistencia de piezas de tipología comparable y objetos de hierro en las chozas Sanchorraja/9 (punta de empuñadura tubular junto a cuchillos de hierro) ⁽⁷⁶⁾ y Berrueco/2 (brazalete tipo Bignan con escoplos, cuchillo y navaja de afeitar realizados en hierro) ⁽⁷⁷⁾.

Pero, puesto que no hay, o apenas, materiales inequívocos de Soto I llevaremos la ocupación de la mayoría de los yacimientos zamoranos que nos ocupan a la fase Soto II, cuyo comienzo debe de tener lugar entre 650 y 550, en virtud de la analogía Soto II/Cortes de Navarra P IIB ⁽⁷⁸⁾. No sabemos si es totalmente lícita la traslación de la cronología propuesta para el yacimiento vallisoletano a éstos del borde occidental de la Cuenca, pero a la vista de los datos obtenidos en Sejas y de la estabilidad tipológica observada en la cerámica, esta deducción cronológica es probablemente válida. Una datación radiocarbónica vendría en su apoyo: se trata de la muestra SJA/06, correspondiente a un momento algo más avanzado que la fundación del castro, que ha sido fechada en 2360 BP (edad equivalente: 410aC) ⁽⁷⁹⁾.

La fijación del momento final de Soto II es compleja, incluso en el propio yacimiento epónimo: si inicialmente Palol propugnó los inicios del s.V aC ⁽⁸⁰⁾, después planteó la perduración de Soto II durante la centuria siguiente ⁽⁸¹⁾. Recientemente, Romero ⁽⁸²⁾ y Martín Valls y Delibes ⁽⁸³⁾ han insistido en esta cronología baja. Es más, para las tierras occidentales de la Cuenca del Duero, estos últimos investigadores

⁽⁶⁵⁾ IDEM, 1977, pp. 324-326.

⁽⁶⁶⁾ Así, en los de Peñas de Oro (UGARTECHEA *et alii*, 1971, fot. 23, n.º 3) y Henayo (LLANOS *et alii*, 1975, pp. 128 y 129, y fot. 8, n.º 1).

⁽⁶⁷⁾ PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 32-37 y 181-195, con toda la bibliografía.

⁽⁶⁸⁾ MARTÍN VALLS y DELIBES, 1981, p. 175; ROMERO, 1980, pone de manifiesto las relaciones de la cerámica de Soto I con otras culturas del B. F., insistiendo en la línea de MARTÍN VALLS y DELIBES, 1978^a. Respecto a posibles ecos meridionales del Soto I (y II), *vid.* MOLINA, 1978, pp. 217-222 y cuadro tipológico: el B. F. II (850-750 a.C.) ofrece cerámica pintada, platos carenados, vasos umbilicados, soportes moldurados, bordes engrosados «en T», labios incisos e impresos, frisos de impresiones digitales, etc.

⁽⁶⁹⁾ MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975^b, pp. 460-461.

⁽⁷⁰⁾ IDEM, 1975^a, pp. 199 y 201.

⁽⁷¹⁾ *Vid.* nota 57.

⁽⁷²⁾ DELIBES, 1977^b; *idem.*, 1980; ROMERO, 1980, p. 143.

⁽⁷³⁾ PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 34 y 192.

⁽⁷⁴⁾ RAURET, 1976, p. 141.

⁽⁷⁵⁾ PALOL y WATTENBERG; 1974, p. 192.

⁽⁷⁶⁾ MALUQUER, 1958^a, p. 56.

⁽⁷⁷⁾ IDEM, 1958^b, p. 48 y fig. 8.

⁽⁷⁸⁾ PALOL, 1963, pp. 144 y 149; PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 34.

⁽⁷⁹⁾ Agradecemos al Dr. Mook, de la Universidad de Groninga, la datación GrN. 10.339: 2360 ± 80 BP.

⁽⁸⁰⁾ PALOL, 1972, p. 102.

⁽⁸¹⁾ IDEM, 1974, p. 99; PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 106.

⁽⁸²⁾ ROMERO, 1980, p. 152.

⁽⁸³⁾ MARTÍN VALLS y DELIBES, 1981, p. 175.

han llegado a sugerir la perduración de Soto II hasta la celtiberización⁽⁸⁴⁾. Esta posición surge tras repetidas observaciones en yacimientos zamoranos y leoneses, en los que «faltan» los materiales de Cogotas IIa (cerámicas con decoración a peine, estampada...) que cabría esperar si la secuencia cultural fuese aquí similar a la observada en zonas del centro y sur de la Cuenca⁽⁸⁵⁾. Por nuestra parte, y teniendo en cuenta el escaso impacto de la celtiberización, al que luego nos referiremos, creemos que la *persistencia del Soto* es todavía mayor, llegando quizá hasta el final de la Edad del Hierro. Si, según su excavador, Soto II supone una evolución local de la fase anterior⁽⁸⁶⁾, algo similar debe haberse producido en los castros más occidentales. Adaptados a un medio ecológico muy diferente al de los llanos centrales y practicando una economía también muy distinta de la agricultura de gramíneas, las gentes de estos poblados han modificado lentamente su vajilla, en primer lugar en cuanto a las formas, introduciendo además novedades decorativas.

En nuestra zona, en concreto, deben de haberse incorporado a la decoración de la cerámica los temas estampados que caracterizan la fase Cogotas IIa⁽⁸⁷⁾. En otro trabajo⁽⁸⁸⁾ nos hemos referido a la entrada de temas estampados — círculos concéntricos y patos — y su modificación en esta zona. Proponíamos allí una secuencia tipológica que arrancaría de un vaso de Simancas, evolucionando hacia el fragmento de Fuentes de Ropel, después al de Regueras de Arriba y concluiría en el de Adrados, ya típicamente del Noroeste⁽⁸⁹⁾. Como vestigios de este momento podemos aportar nuevos fragmentos obtenidos en nuestras excavaciones y prospecciones: así, los dotados de círculos concéntricos de San Pedro de la Viña y Lubián, o el de Gallegos del Campo, que presenta frisos de punzones muy simples.

Para fechar los estampados debemos tomar como referencia yacimientos meseteños. Efectivamente, aparecen en Simancas o en los castros de Las Cogotas y Chamartín de la Sierra, faltando en cambio en el nivel superior (500-400aC) del castro de Sanchorreja. Por ello, siguiendo a Martín Valls⁽⁹⁰⁾, habría que llevar el comienzo de los estampados al siglo IV aC. No son, sin embargo, exclusivos de este momento avanzado de Cogotas IIa; y así, en Cogotas IIb, donde el procedimiento decorativo más sobresaliente es la pintura, los temas estampados continuarán en boga, ahora ya sobre piezas torneadas.

La clasificación de los fragmentos antedichos no es tarea fácil: si el de Gallegos del Campo parece denotar que el castro sigue ocupado en un momento sincrónico de Cogotas IIa avanzado, esto es, hacia el s. IV, los obtenidos en S. Pedro de la Viña y Lubián son más problemáticos, sobre todo porque, dado su tamaño, no podemos hacernos una idea de lo fundamental, la composición en la que se integraban los estampados. Incluso el procedimiento de fabricación plantea alguna duda, aunque parecen modelados a mano. Por ello, y a la espera de nuevos fragmentos de los vasos obtenidos en Lubián, consideraremos los ya conocidos únicamente como elementos de tipo relativo: probablemente la ocupación del castro no es anterior al s. IV aC^(90 bis).

Es posible que correspondan también a ese momento sincrónico de Cogotas IIa las cerámicas con decoración bruñida externa. En el castro de São Juzenda fue hallado un fragmento en el paquete 3 del corte I, pero su cronología es muy poco precisa: el estrato infrayacente, con materiales quizá del Bronce Final; y el que lo recubre, con material tardorromano, constituyen sus límites⁽⁹¹⁾. Del mismo modo, el fragmento de Sejas de Aliste resulta de difícil fechación: por debajo de la capa VIII donde apareció, tenemos un fragmento decorado con *incisión bruñida* asignable al s. V aC; en la capa inmediatamente superior, la VII, topamos un fragmento celtibérico que podría llevarse hacia el 200 aC.

Dejamos para mejor ocasión la espinosa cuestión de la génesis de estas cerámicas castreñas con decoración bruñida. Ahora mencionaremos únicamente que su auge debe de tener lugar en los momentos finales de la Edad del Hierro, a los que correspondrían los fragmentos de Arrabalde de los que luego nos ocuparemos.

(84) IDEM, 1977, p. 293; IDEM, 1978^b, p. 324; IDEM, 1981, p. 175.

(85) Por ejemplo en Las Cogotas, La Mesa de Miranda, etc.

(86) PALOL, 1960, p. 164; IDEM, 1963, p. 144; PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 192.

(87) La vieja denominación de Cogotas II y III, empleada ocasionalmente por Bosch-Gimpera, apenas ha tenido eco. En cambio parece extenderse la de Cogotas II a y b, según la sistematización de MARTÍN VALLS, *en prensa*.

(88) ESPARZA, 1983^b, pp. 92-93.

(89) Nuevo fragmento portugués, seguramente tardío, en Fafe (MARTINS, 1981, lam. VII, n.º 7).

(90) MARTÍN VALLS, 1973^a, p. 93, sugiere que las decoraciones estampadas, de soles, incrustadas, etc. comenzarían más tarde que la realizada a peine, coexistiendo luego con ella.

(90 bis) Redactado este trabajo, hemos recibido la datación radiométrica de una muestra de carbón vegetal recogida sobre el pavimento de la casa LU-2 del castro de Lubián, que ha proporcionado una cronología de 2210 ± 80 B P (edad equivalente: 260 aC.). Nuestro agradecimiento al Dr. Buckley, de Teledyne Isotopes, por esta datación (I-13.259).

(91) Del mismo modo, el fragmento de Sejas de Aliste resulta de difícil fechación: en la capa VIII, donde apareció, hay también un fragmento claramente relacionable con el Soto; más arriba, en la VI, topamos un fragmento celtibérico que podría llevarse hacia el 200 aC.

c) *El reducido impacto celtibérico*

El proceso de unificación cultural conocido con el nombre de celtiberización parece haber tenido en esta zona marginal de la cuenca del Duero un impacto reducido. En otro lugar nos hemos referido ya a esta cuestión, revisando algunos argumentos tradicionalmente empleados en favor de la penetración cultural celtibérica en el área del Noroeste (92). Por ello, excluimos ahora la consideración de la planta de las viviendas o la presencia de verracos.

La utilización de la defensa complementaria de las *pedras hincadas* sigue siendo, en cambio, problemática, por no estar datada con precisión. Recientemente han sido detectadas en «castros» de Lugo, considerados como verdaderas fortalezas de época romana (93). Por contra, en el área soriana parece confirmarse una cronología mucho más alta, de los siglos VI y V aC. (94) ¿Habrá que volver a repetir la conclusión de Harbison (95) acerca de un desplazamiento hacia el oeste y una cronología mucho más atrasada en el grupo de yacimientos de la zona fronteriza? Quizá tenemos hoy nuevos argumentos: a los castros con esta defensa que hemos catalogado anteriormente debemos añadir ahora los de Fradellos y Muga de Alba, yacimientos en los que — como en Fresno de la Carballeda — han aparecido cerámicas tipo Soto. Desde luego, las piedras hincadas podrían haber sido añadidas a los castros en un momento avanzado de su existencia, y — a la luz del fragmento celtibérico obtenido en Fresno — como respuesta a una amenaza celtibérica (96). Hoy por hoy, sin embargo, parece más lógico suponer, al menos en estos castros que citamos, que la muralla, el foso y las piedras hincadas responden, como el propio emplazamiento, a una concepción global, y nos remiten por ello al momento fundacional de los poblados, esto es, a la fase anteriormente reseñada. Así pues, esta defensa parece vinculada — por lo menos inicialmente — al ámbito cultural de Campos de Urnas Tardíos en los bordes oriental y occidental de la Meseta.

Adornos y joyas son, en cambio, materiales de signo celtibérico, aunque de discutible impacto. Dejando a un lado las fibulas de Arrabalde y Vinhas, a las que conviene mejor su inclusión como joyas, tenemos entre las piezas halladas en castros de esta zona, seis que podrían ser consideradas como evidencias celtibéricas, más que nada por su aparición en yacimientos meseteños de esta índole, aunque la cronología de estos ejemplares es imprecisa. La de Picote (97) presenta bastante similitud con una obtenida en Saldaña (98). A una 'derivación local del esquema clásico de La Tène Antigua', según la tipología de Cabré y Morán (99), corresponde la fibula de São Juzenda (100). Los ejemplares de Angueira, Castro y Aldeia Nova (101) responden también a un tipo muy común en estaciones celtibéricas; sin embargo, la fusión del pie al puente es, a buen seguro, un aviso de su carácter tardío, propio de La Tène Final (102), llegada perdurar en época romana (103). Otra original fibula de Angueira, probablemente zoomorfa (104) y dotada de varios discos, debe ser tardía. Estas reticencias acerca de la datación de las piezas no implican una negativa a considerarlas como de época celtibérica; incluso podemos aceptar que son manufacturas celtibéricas (105). Pero debe señalarse su carácter excepcional: ni entre los abundantes materiales que proporciona el castro de Angueira ni entre los obtenidos en las excavaciones de São Juzenda ha aparecido ningún otro indicio celtibérico.

Las joyas de oro y plata atesoradas en Arrabalde (106) — entre las que se incluyen una fibula de doble pie simétrico, una con esquema de La Tène Medio, una de charnela y dos anulares hispánicas — son, sin duda, claros exponentes de la orfebrería celtibérica (107), como lo serían igualmente los brazale-

(92) ESPARZA, 1983 a.

(93) LUZON, SANCHEZ-PALENCIA *et alii*, 1980.

(94) ROMERO, 1984, pp. 64-65 y 84-85.

(95) HARBISON; 1968 b, pp. 139-147, espec. 141; IDEM, 1971, p. 218.

(96) Recordemos que la penetración cultural celtibérica podría tener como trasfondo una expansión de los vacceos (MALUQUER, 1958, pp. 97 y 99-100).

(97) HÖCK y COELHO, 1972, p. 226.

(98) SCHÜLE, 1969, lám. 164, n.º 18.

(99) Concretamente parece corresponder al grupo III b, que presenta el apéndice caudal rematado en adorno de medio bulto (CABRE y MORAN, 1979, pp. 16-77 y fig. 8).

(100) HÖCK y COELHO, 1972, pp. 221-222; HÖCK, 1978, p. 144.

(101) HÖCK y COELHO, 1972, pp. 225-226; FORTES, 1905, p. 21.

(102) CABRE y MORAN, 1979, p. 18.

(103) SCHÜLE, 1969, p. 150 y cuadro cronológico.

(104) FORTES, 1905, figs. 23 y 24. Cf. SCHÜLE, 1969, lám. 172, n.º 34.

(105) Aunque estas fibulas de la «Cultura del Duero» de Schüle presentan una cronología muy amplia, su difusión se halla probablemente ligada al proceso celtiberizador.

(106) MARTIN VALLS y DELIBES, 1981, pp. 153-155; IDEM, 1982 b.

(107) La honda raigambre ibérica de estas joyas es clara; pero el original tratamiento de algunas piezas — torques funiculares pero dotados de remates piriformes, brazaletes de cinta espiraliforme — o la dispersión de otros — torques funiculares con nudo, brazaletes serpentiformes, fibulas simétricas y anulares — permiten, junto con otros detalles, hablar de una auténtica orfebrería celtibérica (MARTIN VALLS y DELIBES, 1982 b, pp. 20-21).

tes del tesoro de Rabanales ⁽¹⁰⁸⁾ y la fíbula áurea de Vinhas ⁽¹⁰⁹⁾. En todo caso, estamos ante piezas de lujo, esto es, productos de fácil introducción en áreas culturales extrañas, de modo que la presencia de tales joyas, y la de los otros adornos, debe ser un fenómeno puramente epidérmico ⁽¹¹⁰⁾.

Finalmente, la cerámica. La adopción masiva de la cerámica celtibérica sería un indicador seguro de la modificación cultural. Sin embargo, sólo aparece esta cerámica en Carbajales de Alba, Manganeses de la Polvorosa, y — muy escasamente representada — en San Pedro de la Viña, Fresno de la Carballeda y Sejas de Aliste. Dadas las características técnicas de esta producción, su ausencia debe ser considerada como significativa, y no meramente ligada a la suerte en las prospecciones: entre los centenares de fragmentos, con muchos kilogramos de peso, recogidos en Camarzana, El Cubo de Benavente, Brime de Urz y Gallegos del Campo, no hay ni el más insignificante tiesto celtibérico. La impresión es, pues, negativa: no parece que se haya dado — sino todo lo contrario — el abandono de las especies tradicionales y su sustitución por las cerámicas torneadas y pintadas celtibéricas.

d) Los comienzos de la presencia romana

Pocos años después del 220 a.C. en que la expedición de Aníbal contra los vacceos alcanza Helmántica y Arbucala, la cuenca del Duero se verá periódicamente amenazada por el expansionismo romano. La campaña de L. Postumio, y las dirigidas a lo largo del mismo siglo II a.C. por Lúculo, Lépido y C. Escipión contra el territorio vacceo debieron tener algún impacto en nuestros castros, asignables a los astures. Podemos suponer una cierta inquietud, incrementada en 137 a.C., cuando D. J. Bruto, que operaba contra los lusitanos, cruzó el Duero y penetró en el territorio galaico hasta el Miño ⁽¹¹¹⁾. Posibles repercusiones de esta inquietud serían las modificaciones operadas en las defensas: así, la reparación de la muralla de Sejas, o la erección de una muralla de nuevo tipo en Villalcampo. La construcción de una central eléctrica sobre este castro complica las cosas, pero, a juzgar por lo que aún puede verse y por la descripción que nos legó Gómez-Moreno ⁽¹¹²⁾, este yacimiento contaba con una muralla comparable a la del tercer recinto del castro abulense de la Mesa de Miranda, por su aparejo de grandes bloques y por la existencia de torres de planta angulosa. Estas novedades arquitectónicas, de discutible raíz, permitirían datar Villalcampo a partir del primer tercio del s. II a.C. ⁽¹¹³⁾.

Como reflejo de la progresiva presión romana cabe intuir, así mismo, el cambio de emplazamiento de algunos poblados, que podrían haber buscado lugares mejor defendidos y capaces de albergar más habitantes. Pero recordemos que no hay evidencias materiales en que basar esta suposición. Únicamente en Arrabalde nos atreveríamos a proponer, a la vista de sus extraordinarias dimensiones, la concentración de poblaciones procedentes de otros lugares.

De la presencia romana en la cuenca duriense nos hablan también los hallazgos monetarios: en esta zona que nos ocupa, donde la moneda ibérica es muy escasa, ⁽¹¹⁴⁾ hay algunas piezas republicanas, como las del tesoro de Rabanales ⁽¹¹⁵⁾ o un denario de César hallado en el campamento de la *Legio X* en Rosinos de Vidriales ⁽¹¹⁶⁾. Esta última pieza estaría ya en manos de los legionarios de la citada guarnición en los tiempos de las Guerras Cántabras, esto es, al final de la Edad del Hierro.

Acerca de este momento terminal tenemos algunas indicaciones en los castros de Arrabalde y Rabanales.

En el primero, excavando en el punto donde apareció el tesoro, hallamos un nivel negro — bajo el cual se hallaban, al parecer, las joyas — con gran cantidad de carbón vegetal. El único fragmento cerámico digno de mención presenta decoración bruñida externa, con un tema reticulado que parece antecedente de los hallados en las *coronas* o explotaciones auríferas romanas de León, en los cuales Domergue ve un indicio de la persistencia de la cultura material indígena ⁽¹¹⁷⁾.

⁽¹⁰⁸⁾ ESPARZA, 1983 c.

⁽¹⁰⁹⁾ HÖCK y COELHO, 1972, p. 221 (Insistimos en lo dicho en la nota 105).

⁽¹¹⁰⁾ Téngase en cuenta, en este sentido, la aparición de joyas similares a éstas en Bagunte, Guiães, Parada de Guiães, São Mamede de Riba Tua y Mondoñedo (RADDATZ, 1969, pp. 231, 273, 277, 278 y 281) y en el castro, también lucense, de Palas do Rei (LOPEZ CUEVILLAS, 1951, p. 63 y fig. 43). Los mejores paralelos para Guiães (RADDATZ, 1969, lám. 93 n.º 2) y Mondoñedo (*Ibidem*, lám. 33, n.º 2) se hallan en el Raso de Candeleda (FDEZ. GOMEZ, 1979, lám. IV, n.º 3) y Palencia (RADDATZ, 1969, lám. 41, n.º 2; lám. 43, n.ºs 2 y 3; lám. 44, n.º «). En el propio Castromao fue obtenido, al parecer, un brazalete serpentiforme (GARCIA ROLLAN, 1971, p. 177).

⁽¹¹¹⁾ Acerca de estas campañas, *vid.* WATTENBERG, 1959, pp. 31-47.

⁽¹¹²⁾ GOMEZ-MORENO, 1972, pp. 37-38.

⁽¹¹³⁾ La problemática se recoge en ESPARZA, 1982, pp. 397-399.

⁽¹¹⁴⁾ Se conocen algunas piezas de los castros de San Pedro de la Viña (MARTIN VALLS y DELIBES, 1981, p. 179), Arrabalde (inéditos), Peredo de Bemposta y Sendim (ALVES, 1934, pp. 475 y 477). Hallazgos en zonas zamoranas limítrofes en MARTIN VALLS y DELIBES, 1977, pp. 301-303).

⁽¹¹⁵⁾ MATTINGLY, 1935; ESPARZA, 1983 c.

⁽¹¹⁶⁾ MARTIN VALLS y DELIBES, 1981 pp. 177-180 lám. VIII, n.º 2.

⁽¹¹⁷⁾ DOMERGUE y MARTIN, 1977, p. 144.

Para este nivel, que acaso corresponda a un incendio general del castro, hemos obtenido una datación radiocarbónica de 2010 BP (edad equivalente: 60 aC) ⁽¹¹⁸⁾. Precisamente el C¹⁴ ha fechado tres muestras del castro prerromano de Corporales en 2010, 2020 y 2000 BP (edades equivalentes: 60, 70 y 50 aC, respectivamente) ⁽¹¹⁹⁾. No queremos ahora discutir la interpretación de las fechas radiocarbónicas, que parecen apuntar hacia una destrucción de estos yacimientos en algún acontecimiento de los inicios de la conquista del Noroeste, pero sí señalar que para el atesoramiento citado se propuso una cronología ligeramente más tardía: sería mejor relacionarlo con las Guerras Cántabras que con las Sertorianas ⁽¹²⁰⁾, aunque lamentablemente el tesoro carece de monedas que habrían podido zanjar la cuestión.

Recientemente hemos creído obtener una confirmación de esta última propuesta cronológica en un trabajo sobre el tesoro — similar, aunque mucho más modesto — de Rabanales, en el que la moneda más reciente es un denario de las acuñaciones bélicas del legado P. Carisio ⁽¹²¹⁾.

Los hechos que provocaron la ocultación de los tesoros de Arrabalde y Rabanales — ¿se podrá incluir aquí la destrucción de Corporales? — son, a buen seguro, los últimos episodios de la independencia de los castros, episodios en los que el campamento legionario de Rosinos de Vidriales, fundado a comienzos del último cuarto del s. I aC ⁽¹²²⁾ jugaría un destacado papel.

La conquista romana truncó la vida independiente de los poblados castreños, pero no significó su desaparición física: las dificultades de prospección tantas veces aludidas no permiten abordar el problema, pero al menos podemos afirmar con seguridad la persistencia del Cerco de Sejas de Aliste en el s. I dC.

BIBLIOGRAFIA

- ALVES, F. M. (1934): *Memórias arqueológico-históricas do distrito de Bragança. Arqueologia, etnografia e arte*, vol. IX, Porto.
(1938): *Memórias...*, vol. X, Porto.
- ARIAS VILAS, F. (1979): El castro de Penarrubia (Lugo) y la novedad su datación por C 14, *XV CNArq (Lugo 1977)*, Zaragoza, pp. 613-619.
- BOSCH GIMPERA, P. (1942): Two Celtic Waves in Spain, *PBA*, XXVI.
- CABRE DE MORAN, M.^a E. y MORAN CABRE, J. (1979): Ensayo tipológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica, *BAEAA*, 11-12, pp. 10-26.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1975): Piezas del Bronce Final, procedentes de Saldaña, en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia, *Sautuola*, I, Santander, pp. 149-159.
(1977): Un lote de objetos metálicos del Bronce Final en el Museo Diocesano de León, *AL*, 62, pp. 239-256.
(1980): Un presunto depósito del bronce final del Valle de Vidriales (Zamora), *TP*, 37, pp. 221-246.
- DELIBES DE CASTRO G. y FERNANDEZ MANZANO, J. (1981): El castro protohistórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid).
Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I, *BSAA*, XLVII, 1981, pp. 51-68.
- DOMERGUE, C. (1970): Introduction à l'étude des mines d'or du Nord-ouest de l'Espagne dans l'Antiquité, *Legio VII Gemina*, León, pp. 25-286.
- DOMERGUE y MARTIN, t. (1977): *Minas de oro romanas de la provincia de León, II*, (EAE, 94).
- EIROA, J. J. (1975): Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el castro de Borneiro (La Coruña), *NAH*, Prehistoria 3, pp. 309-332.
- ESPARZA ARROYO, A. (1977): El castro zamorano del Pedroso y sus insculturas, *BSAA*, XLIII, pp. 27-39.
(1978): Hacha de apéndices laterales del castro de Fradellos (Zamora), *BSAA*, XLIV, pp. 346-348.
(1980): Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta, *Actas do I Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular (Guimarães 1979)*, II, Guimarães, pp. 71-86.
(1982): Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia), *BITTM*, 47, Palencia, pp. 395-408.
(1983^a): Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña, *Actas del II Seminario de Arqueologia del Noroeste (Santiago 1980)*, Madrid, pp. 103-119.
(1983^b): Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur, *Lancia*, 1, León, pp. 83-101.
(1983^c): Joyas celtibéricas de Zamora en el Museo Británico, *BSAA*, XLIX, pp. 39-45.
- FERNANDEZ DURO, C. (1982): *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado, I*, Madrid.
- FERNANDEZ GOMEZ, F. (1979): Un tesoro de plata en el Castro de «El Raso de Candeleda» (Avila), *TP*, 36, pp. 379-404.
- FERREIRA DE ALMEIDA, C. A. (1979): A propósito de «Galicia sueva» de Casimiro Torres, *Gallaecia*, 5, Santiago de Compostela, pp. 305-313.
- FERREIRA DE ALMEIDA, C. A.; SOEIRO, T.; BROCHADO DE ALMEIDA, C. A. y BAPTISTA, A. J. (1981): *Escavações arqueológicas em Santo Estêvão da Facha*, Ponte de Lima.
- FORTES, J. (1905): As fibulas do noroeste, *Portvgalia*, II, Porto, pp.
- GARCIA ROLLAN, M. (1971): Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caeliobriga), *AEArq*, XLIV, 123-124, pp. 175-211.
- GARNACHO, T. M. (1978): *Breve noticia de algunas antigüedades de la ciudad y provincia de Zamora*, Zamora.
- GEORGE, P. (1964): *Geografía urbana (Précis de géographie urbaine)*, Paris 1961), Barcelona.
- GOMEZ MORENO, M. (1904): Sobre arqueología primitiva de la región del buero, *BRAH*, XLV, pp. 147-160.
1927): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora*. Madrid.

⁽¹¹⁸⁾ Agradecemos al Dr. Buckley, de Teledyne Isotopes, la datación p. I-12.855: 2010 ± 90 BP.

⁽¹¹⁹⁾ SANCHEZ-PALENCIA, 1983, p. 81.

⁽¹²⁰⁾ MARTIN VALLS y DELIBES, 1981, p. 155; IDEM, 1982^b, pp. 38-40.

⁽¹²¹⁾ MATTINGLY, 1935; ESPARZA, 1983^c.

⁽¹²²⁾ MARTIN VALLS y DELIBES, 1981, p. 179.

- HARBISON, P. (1968^a): Castros with «pedras fincadas» in Trás-os-Montes, *TAE*, XX, 1967-68, pp. 385-389.
 (1968^b): Castros with «Chevaux-de-Frise» in Spain and Portugal, *MM*, 9, pp. 116-147.
 (1969): El Castro de Vivinera (Zamora) y sus «pedras hincadas», *Zephyrus*, XIX-XX, Salamanca pp. 57-60.
 (1971): Wooden and Stone Chevaux de Frise in Central and Western Europe, *PPS*, XXXVII, pp. 195-225.
- HÄRKE, H. (1979): *Settlement types and Patterns in the West Hallstatt Province*, (BAR, International Series, 57), Oxford.
- HÖCK, M. (1978): Grabung auf dem Cabeço de São Juzenda (Mirandela), *MM*, 19, pp. 139-151.
 (1979): Excavaciones en el castro de São Juzenda, concelho de Mirandela (Portugal), *XV CNArq (Lugo 1977)*, Zaragoza pp. 393-398.
 (1980): Corte estratigráfico no Castro de S. Juzenda (concelho de Mirandela), *Actas do I Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular (Guimarães 1979)*, II, Guimarães, pp. 55-70.
- COELHO, L. (1972): Materiais metálicos da coleção arqueológica do Museu do Abade de Baçal em Bragança, *OAP*, VI, pp. 219-250.
- HUET DE B. GONÇALVES, A. (1979): Elementos de adorno de cor verde provenientes de estações arqueológicas portuguesas, *Actas da 1.ª Mesa-redonda sobre 'O Neolítico e o Calcolítico em Portugal'*, (TGEAP, 3), pp. 209-225.
- KALB, P. (1978): Senhora da Guia, Baiões, *MM*, 19, pp. 112-138.
 (1979): Contribución para el estudio del Bronce Atlántico: excavaciones en el castro «Senhora da Guia» de Baiões (concelho de S. Pedro do Sul), *XV CNArq. (Lugo 1977)*, Zaragoza, pp. 581-590.
 (1980): Zur Atlantischen Bronzezeit in Portugal, *Germania*, 58, Francfort, pp. 25-59.
- LOEWINSOHN, E. (1965): Una calzada y dos campamentos romanos del Conventus Asturum, *AEArq*, XXXVIII, 111-112, pp. 26-49.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1951): *Las joyas castreñas*, Madrid.
- LUZON, J. M.; SANCHEZ-PALENCIA, F. J., et alli (1980): *El Caurel*, (EAE, 110).
- LLANOS, A., APELLANIZ, J. M.; AGORRETA, J. A. y FARIÑA, J.: El castro del Castillo de Henayo (Alegria-Alava). Memoria de Excavaciones. Campañas de 1969-1970, *EAA*, 8, pp. 87-212.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954): Pueblos celtas, en MENENDEZ PIDAL, R. (dir.): *Historia de España*, I, 3, Madrid, pp. 5-194.
 (1958^a): *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja, Avila*, Avila-Salamanca.
 (1958^b): *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, (Acta Salmanticensia, Serie F.^a y Letras, XIV, 1), Salamanca.
 (1959): La fecha final de la cerámica excisa en la meseta española, *TAE*, XVII, pp. 166-173.
 (1975): La cultura castreña de la Edad del Hierro, *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Santiago de Compostela, pp. 269-284.
- MAÑANES, T. (1977): Contribución a la carta arqueológica de la provincia de León, *León y su Historia*, IV (Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 18), León, pp. 319-364.
 (1981): *El Bierzo prerromano y romano*, (Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 27), León.
- MARTIN VALLS, R. (1971): El castro del Picón de la Mora (Salamanca), *BSAA*, XXXVII, pp. 125-139.
 (1973^a): Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos, *BSAA*, XXXIX, pp. 81-99.
 (1973^b): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora, *BSAA*, XXXIX, pp. 403-414.
en prensa Protohistoria y romanización de los Vettones.
- MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1972): Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte, *BSAA*, XXXVIII, pp. 5-54.
 (1975^a): El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco, *AL*, 57-58, pp. 219-230.
 (1975^b): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II) *BSAA*, XL-XLI, pp. 445-476.
 (1976): Hallazgos... de Zamora (III), *BSAA*, XLII, pp. 411-440.
 (1977): Hallazgos... de Zamora (IV), *BSAA*, XLIII, pp. 291-319.
 (1978^a): Die Hallstatt-zeitliche siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid), *MM*, 19, pp. 219-230.
 (1978^b): Hallazgos... de Zamora (V), *BSAA*, XLIV, pp. 321-346.
 (1979): Hallazgos... de Zamora (VI), *BSAA*, XLV, pp. 125-147.
 (1980): Hallazgos... de Zamora (VII), *BSAA*, XLVI, pp. 122-128.
 (1981): Hallazgos... de Zamora (VIII), *BSAA*, XLVII, pp. 153-186.
 (1982^a): Hallazgos... de Zamora (IX), *BSAA*, XLVIII, pp. 45-70.
 (1982^b): *EL tesoro de Arrabalde y su entorno histórico* (Guía de la Exposición, Mayo 1982), Zamora.
- MARTINS, M. (1981): *O povoado fortificado de Sto. Ovidio (Fafe)*, (Cadernos de Arqueologia, 1), Braga.
- MATTINGLY, H. (1935): A hoard of Roman denarii from Spain (Ramallas), *Numism. Chron.*, XV, pp. 289-291.
- MOLINA GONZALEZ, F. (1978): Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica, *CPUG* 3, pp. 159-232.
- MONTALVÃO, A. (1971): *Visitas a castros nos arredores de Chaves*, Chaves (ed. policopiada).
- MORAN BARDON, C. (1935): *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, (MemJSEA, 135), 1935.
 (1943): Noticias de algunos castros y sepulturas rupestres, *AEArq.*, XVI, 53, pp. 436-441.
- PALOL, P. de (1960): Comentario a VELASCO, E.: El poblado de La Mota del Marqués, *BSAA*, XXVI, pp. 163-165.
 (1963): Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del barrio de San Pedro Regalado de Valladolid, *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, pp. 135-150.
 (1972): Algunas reflexiones sobre Numancia y Clunia, *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*, (Monografías Arqueológicas, 10), Zaragoza, pp. 101-106.
 (1974): Alava y la Meseta superior durante el Bronce Final y el Primer Hierro, *EAA*, VI, pp. 91-100.
- PALOL, P. de y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid.
- PEREZ OUTEIRIÑO, B. (1980): Os ornitorfos no conjunto dos motivos decorativos da orfebrería castrexa, *BAur*, X, pp. 9-24.
- PARREIRA, R. y MONGE SOARES, A. (1980): Zu einigen Bronzezeitlichen Höhensiedlungen in Südpotugal, *MM*, pp. 109-130.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, (MF, 5).
- RAURET DALMAU, A. M.^a (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero, *BSAA*, XLVI, pp. 137-153.
 (1984): La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión, *Actas del I^{er} Symposium de Arqueología Soriana. Soria 1982* (Temas Sorianos, 9). Soria, pp. 51-121.

- SAENZ RIDRUEJO, C. y VELEZ GONZALEZ, J. (1974): *Contribución al estudio de la minería primitiva del oro en el NO. de España*, Madrid.
- SANCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J. (1980): Prospecciones en las explotaciones auríferas del NO. de España, *NAH*, 8, pp. 211-249.
- (1983): Explotaciones auríferas en el «Conventus asturum», en AA.VV.: *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Madrid, pp. 67-87.
- SANTOS JUNIOR, J. R. dos (1922): *As ruínas castrejas da Cigadonha (Carviçais)*, Porto.
- (1952): O castro de Sampaio (Vilarica), *RG*, LXII, pp. 299-306.
- SCHÜT, E. W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, (MF, 3).
- SERPA PINTO, R. de (1932): As fíbulas do museu regional de Bragança, *TAE*, V, 1931-32, pp. 90-95.
- SEVILLANO CARBAJAL, V. (1978): *Testimonio arqueológico de la provincia de Zamora*, Zamora.
- TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941.
- TRINGHAM, R. (1972): Introduction: Settlement patterns and urbanization, en UCKO, J; TRINGHAM, R. y DIMBLEBY, G. W. (eds.): *Man, settlement and urbanism*, Londres, pp. XIX-XXVII.
- UGARTECHEA, J. M.; LLANOS, A.; FARIÑA, J. y AGORRETA, J. A. (1971): El castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya-Alava), *Investigaciones Arqueológicas en Alava 1957-1968*, Vitoria, pp. 218-261.
- VAZQUEZ VARELA, J. M. (1975): Cuentas de «calaíta» en la Península Ibérica: datos para la revisión del problema, *Gallaecia*, 1, Santiago de Compostela, pp. 25-30.
- WATTENBERG, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, (BPH, II).

ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS

AEArq	<i>Archivo Español de Arqueología</i> . Madrid.
AL	<i>Archivos Leoneses</i> . León.
BAEAA	<i>Boletín de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología</i> . Madrid.
BAR	British Archaeological Reports. Oxford.
BAur	<i>Boletín Auriense</i> . Orense.
BITTM	<i>Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses</i> . Palencia.
BPH	Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid.
BRAH	<i>Boletín de la Real Academia de la Historia</i> . Madrid.
BSAA	<i>Boletín del Seminario de Arte y Arqueología</i> . Valladolid.
CNArq	<i>Congreso Nacional de Arqueología</i> . Zaragoza.
CPUG	<i>Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada</i> . Granada.
EAA	<i>Estudios de Arqueología Alavesa</i> . Vitoria.
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
MemJSEA	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas. Madrid.
MF	<i>Madrider Forschungen</i> . Berlin.
MM	<i>Madrider Mitteilungen</i> . Heidelberg.
NAH	<i>Noticario Arqueológico Hispánico</i> . Madrid.
OAP	<i>O Arqueólogo Português</i> . Lisboa.
PBA	<i>Proceedings of the British Academy</i> . Londres.
PPS	<i>Proceedings of the Prehistoric Society</i> . Reading.
RG	<i>Revista de Guimarães</i> . Guimarães.
TAE	<i>Trabalhos de Antropologia e Etnologia</i> . Porto.
TGEAP	Trabalhos do Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto. Porto.
TP	<i>Trabajos de Prehistoria</i> . Madrid.